

Presentación: Interrogando al pasado, respondiendo al futuro Nuevos problemas, medios y líneas de la investigación española en la historia del mundo y de las culturas antiguas

Joaquín María Córdoba

Arbor CLXI, 635-636 (Noviembre-Diciembre 1998), 211-214 pp.

En el año que marca el primer centenario de una fecha dolorosa y emblemática en la memoria española, un grupo de investigadores activos en campos científicos diversos ofrecen aquí sus trabajos y reflexiones, bajo un pórtico que les une en práctica e intenciones: interrogando al pasado, respondiendo al futuro. La suma del esfuerzo pone de relieve que el estudio de la cultura humana antigua y la vida en nuestro amenazado planeta es hoy objeto necesario y compartido por distintas ramas de la ciencia, cuyas conclusiones trasladan sorprendentes respuestas a muchas de las cuestiones planteadas en el presente y para el inmediato futuro. La multiplicidad de las posibles líneas de investigación deja patente, además, lo que es virtud necesaria de la moderna investigación española: la interpenetración natural de las diferentes ciencias comprometidas en una comunión interdisciplinaria fecundante y fecunda.

Más allá de las carencias evidentes y las crónicas limitaciones presupuestarias por todos sufridas, la ciencia española en general, tanto en el campo de las exactas, físicas y naturales como en el de las humanas, goza hoy de una vitalidad, amplitud de horizontes y calidad sorprendentes. Y, curiosamente, si volvemos la vista atrás nos daremos

cuenta que hace cien años, la derrota militar y la deshonrosa liquidación de los restos del imperio colonial español sirvió al menos como alda-bonazo a las conciencias de los espíritus más sensatos. Porque la madurez actual es fruto del esfuerzo, la voluntad y el entusiasmo de una larga legión de estudiosos que, por encima de escaseces materiales y crisis históricas dramáticas, desde el año del desastre y hasta bien entrada la segunda mitad del siglo ha ido creando el ambiente que vendría a posibilitar nuestro presente. Ciertamente que nuestro país no dedica a investigación el porcentaje que corresponde a su potencial económico-cultural y a su situación en la escala comparativa de los países de nuestro entorno. Y también es evidente lo limitado de la investigación industrial y la cronicidad de la crisis en la universidad española. Pero no son vicios atribuibles a la comunidad de estudiosos, sino a los que no aprendieron nada en el cataclismo del pasado siglo y continúan manteniendo las riendas de la nada. Pues la investigación y la ciencia son hoy atendidas por una amplia y bien preparada generación, presente en todos los debates y reconocida en todos los foros.

Cien años atrás, sólo una exigua minoría apoyada en sí misma y en su entusiasmo, estaba en condiciones de ofrecer resultados de altura. En 1898 fallecían dos científicos reputados, como el padre Celestino Fernández, autor junto con Naves de la tercera edición de la *Flora de Filipinas* —altamente estimada por todos los botánicos europeos—, y el naturalista Marcos Jiménez de la Espada, miembro de la expedición al Pacífico de 1862 y protagonista del viaje de exploración más completo de los realizados a América durante el pasado siglo. Un año antes había muerto en Madrid el filólogo y orientalista Francisco García Ayuso, cuya preparación y obra docente no desmerecía de las correspondientes fuera de España. Pero eran esfuerzos heroicos enfrentados al retraso como norma o a la desconexión con la marcha de la ciencia avanzada. Sabido es que pese a su buena intención y significativas aportaciones, cuando Eduardo Torroja introdujo en España la geometría proyectiva sintética de von Staudt, con su *Geometría de la Posición* (1899), desconocía las críticas y las correcciones que la demostración del teorema había sufrido ya muchos años antes¹. Sin embargo, la crisis de la sociedad española y el impulso reformador llevarían a un cambio radical del que somos epígonos. Con la Junta

¹ RÍOS GARCÍA, S. (1995): «Las matemáticas en la Real Academia de Ciencias». En García Barreno, P. y otros (1995): *La Real Academia de Ciencias*. Madrid, pp. 279-322.

para Ampliación de Estudios en 1907 —en la que figuraban Santiago Ramón y Cajal, José Echegaray y Torres Quevedo entre otros—, el nacimiento del Instituto de Ciencias Físico-Naturales y del Centro de Estudios Históricos, se pusieron las bases de un verdadero desarrollo científico, apoyado no en esfuerzos solitarios, sino en la convergencia de muchas voluntades. Con las rémoras, limitaciones y tanteos que se quieran, los centros de investigación y las universidades españolas tienen hoy una producción científica llena de ambición. Y estas páginas son un buen ejemplo de ello.

En un año de obligado recuerdo a nuestro pasado inmediato, pareció adecuado dirigir la atención a fechas remotas porque, en los últimos veinticinco años, la investigación española sobre la antigüedad no sólo ha abierto extraordinariamente sus horizontes geográficos hasta lejanos escenarios, sino que ha modificado notablemente las perspectivas tradicionales en los ámbitos más propios, a la vez que la presencia de las ciencias físico-naturales en todos estos campos se ha hecho condición imprescindible y norma de conducta científica. Por esa razón y bajo el lema de cabecera, se reúnen aquí junto a los esperados trabajos sobre investigación filológica e histórico-arqueológica en América, la Península Ibérica, Egipto y el Oriente Próximo, los inseparables estudios que desde la Paleobiología, la Ictioarqueología, la Geología, la Palinología y la Paleontología permiten conocer mejor la verdadera identidad del mundo antiguo en su más amplio sentido. Por idéntico motivo pareció lógico ofrecer un índice que alternara las exposiciones del mundo de las humanidades con las de las ciencias físico-naturales, descartando el aislamiento mutuo en dos secciones separadas. Y creo que el resultado es acertado porque de esta forma, lejos de dar la impresión de un *totum revolutum*, la edición del volumen gana en amenidad sin pérdida del rigor exigible, proporcionando al tiempo una amplia visión de la investigación española sobre el tema y constituyendo en fin, una declaración expresa de nuestra convicción absoluta en la necesidad de una interdisciplinaridad activa. Así, junto a las novedades que para la Paleodemografía y la Biología de los homínidos revela el lugar de Atapuerca (J.M.- Bermúdez de Castro), se puede comprobar la notable aportación que la Ictioarqueología puede proporcionar no sólo para la Paleobiología del entorno, sino también para el conocimiento de ciertos usos y costumbres de un grupo humano dado (A. Morales Muñoz, E. Roselló). Y al lado de la evidente vitalidad de los trabajos españoles en el mundo precolombino y las recientes revelaciones del asentamiento maya de Exkintok (M. Rivera Dorado), las enormes posibilidades que la investigación geológica proporciona en el estudio de materiales cul-

turales diversos, determinando con precisión la procedencia última de las materias primas y facilitando la comprensión profunda de un yacimiento y su medio (M. Pozo Rodríguez). La amplitud geográfica de los nuevos horizontes se corrobora con la realidad de la joven tradición española en Egipto, representada por los estudios que se llevan a cabo en Ehnasya el Medina (M. del C. Pérez Die) y en otros lugares. Y la amplitud de las nuevas perspectivas encuentra su eco en el desarrollo de sistemas originales para la informatización de las lenguas orientales antiguas (J.-L. Cunchillos Ilarri), abriéndose así caminos insospechados en un área de notable complejidad. Y junto al poderoso movimiento científico que con sus innovadoras ideas y enfoques diferentes está modificando substancialmente la imagen de la cultura ibérica (C. Aranegui Gascó), vemos la inesperada reconstrucción de los paisajes peninsulares del pasado, gracias a la densidad de los estudios palinológicos llevados a cabo (M. García Antón, F. Martínez Atienza, H. Sainz Ollero), o la reflexión sobre las posibilidades, medios y cuestiones que afectan hoy a una nueva investigación prehistórica (M.R. Lucas Pellicer). Más atrás en el tiempo, la Paleontología traslada increíbles capacidades de los seres vivos en la remota historia del planeta (J.L. Sanz, B.P. Pérez Moreno); pero sensacionales son también las conclusiones que desde hace años se están produciendo en la definición del mundo fenicio en la península (D. Ruiz Mata), y significativos los objetivos que la nueva investigación española en Oriente Próximo (J.M. Córdoba Zoilo) está alcanzando gracias a la presencia de varios equipos.

La selección de líneas de investigación aquí reunidas no oculta que podrían haberse incluido muchas más. Pero era preciso conciliar unas limitaciones razonables y obligadas con la intención de ofrecer un marco representativo de la realidad. Y creo que se ha cumplido adecuadamente. Con el título que nos da cabecera deseamos afirmar el compromiso que como científicos del presente tenemos con éste, con el mejor conocimiento del pasado y con lo que es respuesta y aviso del futuro. Y desde distintas ramas de la ciencia, abriendo horizontes geográficos y temáticos o corrigiendo presunciones establecidas, queremos dejar constancia de la firme voluntad de trabajo, la ilusión por la ciencia y la absoluta inasequibilidad al desaliento que nos anima, los mismos principios de los que hace cien años y en circunstancias dramáticas, desde el silencio de sus mesas de trabajo, sus laboratorios y bibliotecas, con su obra y sus vidas emprendieron la construcción del mundo nuevo que su corazón albergaba.